

Los hospedajes españoles—salvo excepciones que no destruyen la regla—están basados en la chinche. Su corpezuelo gordo y rojo cierra las fronteras y obstruye los caminos.

A los que se arriesgan, intrépidos, pero recelosos, á visitarnos, desflorando rápidamente tanta hermosura, si los jardines de la Alhambra, el Museo del Prado, la Catedral de Toledo, la Cartuja de Burgos, les dejan el sabor á mieles de una impresión inolvidable, la chinche fatal suele grabarles en los sentidos reminiscencias que les hacen para siempre odioso el viaje y hasta los goces que en él libaron. Un solo asqueroso animalito encontrado entre las sábanas ó reptando sobre la piel, puede más que Murillo, Zurbarán, el Greco, Arfe, Berruguete, Guas y demás artistas insignes; puede más que los naranjales de Valencia, que los granados en flor de la vega de Murcia, que los bíblicos oasis de palmeras de Elche, que los arrayanes del Generalife, que la dulzura plácida de los valles y rías de Galicia, y que el encanto obscuro y poderoso de las melancólicas planicies de Castilla, donde zumba el rumor prestigioso de la historia...

\* \*

La chinche, con la mosca por auxiliar, los dos insectos, velan á la puerta de la península, rechazando, como los dragones de las pagodas índicas, al extranjero que no debe profanarlas. Los dos bichos son supervivencia de las épocas en que no era conocida la higiene sino en cuanto puede conocerse por raro instinto, pero no en su actual forma científico-popular. Los dos bichos no pueden coexistir (teóricamente hablando) con la civilización, con los trabajos de Pasteur, con los laboratorios donde se desinfecta, con la corriente que enseña á combatir á las fuerzas naturales en su obra de contagio, maleficio y destrucción. Ni la mosca, terror del Noroeste, ni la chinche, plaga más característica del Sur, son fatalidades, sino inconvenientes desterrables con relativa facilidad. Para exterminar á esos dos bicharracos bastaría lo más sencillo, prodigar el agua y el jabón de Mora, sin recurrir á complicadas desinfecciones y á campañas de antisepsia. Lavar vidrios, muebles, maderas, barrer esmeradamente con serrín húmedo ó hierba rociada, ahí tenéis la infalible receta contra las plagas españolas. La institución más útil viene á ser la más humilde, la escoba y el estropajo. Humilde, sí, pero... ¿creéis que no ya la práctica, solamente la idea, la doctrina del estropajo y la escoba, tienen aquí muchos fieles adeptos?

Yo me he creado odiosidades de esos enemigos ruines que no perdonan, por campañas de elemental limpieza, en sitios donde la limpieza debiera ser estrictamente obligatoria, dispuesta, exigida por los organismos á quienes toca velar por la salubridad. No hay cosa peor recibida aquí que las observaciones inevitables respecto al aseo en fondas y establecimientos públicos.

Muchas oficinas del Estado se encuentran tan sucias en lo material, que previenen á simple vista contra su índole moral y legal. Cerradas las ventanas á piedra y lodo; inmundo el piso con excreciones, puntas de cigarro y papeles; mugrientas las paredes y las puertas, donde se ha depositado la crasitud de cien manos negras y pecadoras; los vidrios convertidos, de transparentes, en cuajados y opacos á fuerza de capas de polvo... Así se prepara en tantas dependencias públicas—entre las cuales suelen distinguirse los Juzgados, Delegaciones de policía, Administraciones de Correos y Oficinas telegráficas—la pulmonía infecciosa, frecuente en los sedentarios y que se coge en los ambientes viciados y en los lugares sin ventilación ni aseo, campo de cultivo de los microbios y bacilos morbosos. Clásico es el tipo del empleado envuelto en su capa hasta los ojos, calado el sombrero como si el sombrero abrigase, chillando apenas se abre una ventana ó una puerta, porque las corrientes de aire «le matan», y pasándose la vida en perpetuo catarro blando, en eterna expectoración, para acabar, bajo la cuchilla del invierno, barrido por uno de esos padecimientos agudos de «las vías respiratorias», castigo justo de los que temen al aire libre, á la santa agua, al santo jabón, en cualquier tiempo del año.

\* \*

Volviendo á la chinche—cantada en poemas épico-burlescos de nuestros siglos de oro,—ha de saberse que es uno de los parásitos más insidiosos y tenaces, más difíciles de desterrar cuando sienta sus reales en una casa. La mosca, que es güebra, ó adoradora del sol, deposita sus larvas en el sitio más

inundado de luz, y con fregar muy bien los vidrios destruyendo esos niditos de polvo que se forman en sus ángulos, se destruye la cosecha mosquil para el año entrante. Pero la chinche, que trabaja silenciosamente, que busca para asegurar la especie los rincones más ocultos y los recovecos inaccesibles á una limpieza superficial, se guarece y engurruina en las rendijas de la madera, en los agujeros de los clavos, detrás del papel pintado, cuando éste hace bolsa ó se despega algún tanto en las junturas. Y acaso á esta habilidad insidiosa de la chinche para perpetuar su imperio, acaso á este don suyo de molestar á mansalva, debamos algunas de nuestras heroicas empresas y magnas aventuras, la formación del carácter nacional.

Siempre que algún amigo, entre sus impresiones de viaje, me refiere una aventura de chinches, una noche de hospedaje en que, asaltado por el ejército címico, se vió obligado á abandonar precipitadamente las ociosas plumas, añado sin falta: «Y tan nervioso me puse, que me eché á la calle, y me pasé la noche dando vueltas, hasta que amaneció.» ¿Quién sabe si en una de esas veladas ambulantes, discutiendo por una ciudad revestida del aspecto fantástico que adquieren las ciudades dormidas, con la excitación de una molestia que hace hervir la sangre, se soñaron, se anhelaron las aventuras de Ultramar, las hazañas del Romancero y gesta, hasta las serenatas dramáticas, que acaban en cuchilladas, riñas ó raptos? Nótese cuántas comedias de nuestro teatro antiguo, en la primer escena, nos presentan á los personajes discutiendo por calles y plazas á las altas horas de la noche; y esto, cuando no existían cafés ni círculos de recreo, cuando las calles eran muladares ó lodazales, cuando la aventura que pudiese encontrarse en la vía pública habría de asemejarse á desventura, me parece que indica una de esas escapatorias febriles, determinadas por el insomnio, por los parásitos que no dejan sosegar, y en que el hidalgo, indignado de la inutilidad de su tizona contra adversarios tan míseros, huye, se lanza á buscar aire puro y lugar no infestado, donde ya que el sueño le falte, no le desazonen picaduras y chupadas de su sangre generosa, y donde pueda soñar amor ó batalla, entre el silencio...

\* \*

¿Quién es capaz de saber qué influencia histórica han ejercido esos animaluchos despreciados, pero no despreciables? La literatura está llena de reminiscencias de ellos, y los parásitos se nos aparecen hasta como símbolo: recuérdese la muerte horrible de Felipe II. La sentencia mística y filosófica que cierra la vida del sombrío monarca; aquella advertencia á su hijo, recordándole en qué paran las glorias, poderíos y grandezas de este mundo, nos la hubiésemos perdido á no ser por la atrocidad psoriasis, que la ciencia y la higiene, entonces, no sabían combatir... Y (si nos atenemos al Romancero) también nos hubiésemos perdido la invasión agarena, si Florinda, por mal nombre la Cava, no tiene que proceder, en una tarde calurosa, á «catar» entre las melenas de don Rodrigo lo que la pulcritud del estilo me impide que nombre...

Como siempre sucede, la historia nos ha conservado únicamente lo que á los grandes personajes atañe; pero juzgad, por estos reales ejemplos, qué serían los pequeños, la gente menuda de entonces. De la tradición nos queda aún ese funesto terror al agua, esa apatía indiferentista en lo que respecta al jabón, ese pintoresco y misterioso desprecio hacia las mejoras en ciertas dependencias de las casas (dependencias que, según expertos viajeros, proclaman á gritos, con su aspecto, si nos encontramos en el Norte ó en el Sur), y esa apacible resignación y convivencia amigable con las plagas de Egipto—chinches, moscas, arácnidos, púlicos, como diría la graciosa pedante del juguete *Ciencias exactas*—y otros animalitos que ni citarse pueden. De ahí el asombro con que os miran, la hostilidad con que os acogen, si os ocurre indicar tan sólo que no es un hado invencible, que no es decreto inexorable de la Providencia el que vivamos entre detritus, envueltos en negra nube de moscas, ó devorados, á la hora en que las moscas se aquietan, por el ejército panzudo de las chinches tragonas y fétidas. Y de ahí el que perdamos anualmente unos milloncitos de pesetas, que nos dejarían los extranjeros, los cuales pasan de prisa, y sólo se posan un instante en los sitios más celebrados, porque su Biblia de camino, el Baedeker, les ha prevenido de lo inconfortable y peligroso del hospedaje español, nieto no degenerado de las ventas de D. Quijote, Rinconete y el Lazarillo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si fuésemos á hacer recuento de los peores enemigos de la prosperidad nacional, tendríamos que situar en primera línea á una enemiga aparentemente insignificante, despreciable, hasta risible y de sainete, que no por eso deja de influir de un modo desastroso en nuestros destinos y restarnos anualmente algunos millones de pesetas de ingreso. Esta enemiga... es la chinche.

No se figuren ustedes que hablo con la menor intención de broma. Seramente digo que la chinche nos sale horriblemente cara, y no me parece que compense, con los placeres y emociones que proporciona, las ventajas que nos quita.

España pudiera y debiera ser entre todos los de Europa el país mas visitado de turistas. ¿Porqué no lo es? En gran parte á causa de la chinche; y, si nos determinásemos á tomar á la chinche por símbolo y representación de la incuria y desidia general, entonces diremos que á causa de la chinche, en absoluto.

No bajarán de ciento los extranjeros distinguidos á quienes he oído suspirar melancólicamente «Si, yo recorrería España, yo disfrutaría mucho internándome en sus olvidados pueblecillos, que son lo más interesante de tan hermoso país. Yo dedicaría á esto dos meses, tres meses... Viaje de instrucción, de estudio, al par que de recreo... Pero no se puede. No soy exigente, transigiría con la mala comida, hasta con la mala cama... Con lo que no comprendo transigir es con ciertas manifestaciones del desaseo. ¡Las chinches! Me han asegurado que las hay á bandadas, y eso sí que no lo sufro.»

No ha mucho tuve ocasión de conocer un pueblo de lo más pintoresco y bonito, situado en un país verdaderamente edénico, y supe que allí se celebran, en el verano, ferias concurridas. Preguntando á los moradores si con tal motivo hay afluencia de forasteros, respondieron que sólo venía el que no tenía más remedio que venir á sus negocios; pero que, por gusto, nadie—á menos que encontrase alojamiento en alguna casa principal de la población,—porque las dos posadas ó fondas se hallan infestadas de chinches, y no era dable conciliar el sueño un minuto.

\* \*

Italia saca al año un rédito soberbio á sus monumentos, curiosidades y bellezas. Suiza come de sus picachos, glaciales y valles, como de una finca pingüe. Francia no hay que decir cómo atrae á los forasteros que acuden á visitarla, y España, infinitamente más rica en arte, en recuerdos, infinitamente más típica y original y varía en naturaleza y en aspectos de su tesoro monumental y artístico, España relicario, España museo—con sus climas opuestos, deliciosos para invernar ó para pasar el estío sin molestia alguna,—España no ha pensado, por ahora, en aprovechar sus raras condiciones, en llamar á su seno á turistas y aves emigradoras, que dejan plumas de oro y rastro de cultura europea.